

Investigaciones Científicas, 1965; Flavia PAZ VELÁZQUEZ, *Cuadernos biográficos Pedro Poveda*, Madrid, Narcea, 1986-2003.

José Carlos MARTÍN DE LA HOZ

PREDICACIÓN

1. La predicación de la Palabra de Dios, pasión dominante del sacerdote. 2. Importancia de la predicación para la formación del pueblo cristiano. 3. Predicación y fidelidad al mensaje de Cristo. 4. “Don de lenguas”.

Es misión de la Iglesia anunciar a todos los hombres el Reino de Dios, predicar la Palabra de salvación, formar y fortalecer a los creyentes en la fe, para cumplir el mandato de Cristo (cfr. Lc 24, 47) de hacer discípulos de todos los pueblos por el Bautismo (cfr. Mt 28, 19). Bautizar y proclamar la Palabra para la conversión son ministerios inseparables, porque el sacramento viene preparado por la Palabra de Dios y por la fe, que es asentimiento a esta Palabra. Como enseña el Concilio Vaticano II, “el pueblo de Dios se reúne, sobre todo, por la palabra de Dios vivo (...); necesita la predicación de la palabra para el ministerio de los sacramentos. En efecto, son sacramentos de fe que procede de la palabra y de ella se nutre” (PO, 4). De este modo la Iglesia “se convierte en Madre por la palabra de Dios acogida con fe, ya que, por la predicación y el Bautismo, engendra para una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios” (LG, 64). Los sacerdotes desempeñan esta función primaria e insustituible con la predicación, para que todas las almas puedan abrirse al don de la gracia.

1. La predicación de la Palabra de Dios, pasión dominante del sacerdote

San Josemaría poseía un profundo sentido del sacerdocio ministerial y lo entendía como vocación de totalidad que envuelve el ser y la misión del sacerdote: ser

instrumento de Cristo en todo momento –no a ratos– y hacerle presente en el mundo, dedicando a ello todas sus fuerzas, siendo, como solía decir, “sacerdote cien por cien” (AIG, 66). Los sacerdotes reciben el sacramento del Orden “para hablar sólo de Dios, para predicar el Evangelio y administrar los Sacramentos. Esa es, si cabe expresarse así, su nueva labor profesional, a la que dedican todas las horas del día, que siempre resultarán pocas: porque es preciso estudiar constantemente la ciencia de Dios, orientar espiritualmente a tantas almas, oír muchas confesiones, predicar incansablemente y rezar mucho, mucho, con el corazón siempre puesto en el Sagrario” (AIG, p. 67). Cuando en los años posteriores al Concilio Vaticano II, que coincidieron con los últimos de la vida de san Josemaría, se difundieron algunas voces confusas sobre la identidad del sacerdote y el valor del sacerdocio ministerial, resumió así la respuesta a tales inquietudes: “ésta es la identidad del sacerdote: instrumento inmediato y diario de esa gracia salvadora que Cristo nos ha ganado” (AIG, p. 72). “Por el Sacramento del Orden, el sacerdote se capacita efectivamente para prestar a Nuestro Señor la voz, las manos, todo su ser” (AIG, pp. 70-71).

El fundador del Opus Dei calificó la tarea de predicar, junto a la de dirigir almas, como “pasión dominante” del sacerdote: “Me produjo alegría lo que decían de aquel sacerdote: «Predica con toda el alma... y con todo el cuerpo»” (F, 967). Él mismo vivió profundamente esa “pasión” y gustaba de ser definido como un sacerdote que no hablaba más que de Dios; su entrega total a la misión recibida de predicar la llamada universal a la santidad a través de las realidades cotidianas le llevó a ejercitarse constantemente en cuerpo y alma en este ministerio, de palabra y por escrito. Desde que recibió la ordenación sacerdotal (1925) y, sobre todo, desde la fundación del Opus Dei (2 de octubre de 1928), san Josemaría fue un incansable predicador de la Palabra de Dios, que bebía en sus fuentes princi-

pales: la Sagrada Escritura y los escritos de los Padres de la Iglesia, los textos litúrgicos del Misal y del Breviario Romano y los documentos del Magisterio eclesial. Su amor a la Iglesia y su gran afán de almas le movían a hablar con el afán de llevar a todas las personas a Dios, una a una: “puedo decir que he concebido siempre mi labor de sacerdote y de pastor de almas como una tarea encaminada a situar a cada uno frente a las exigencias completas de su vida, ayudándole a descubrir lo que Dios, en concreto, le pide, sin poner limitación alguna a esa independencia santa y a esa bendita responsabilidad individual, que son características de una conciencia cristiana. Ese modo de obrar y ese espíritu se basan en el respeto a la trascendencia de la verdad revelada, y en el amor a la libertad de la humana criatura” (ECP, 99). Deseaba ardientemente que sus palabras hicieran de los hombres y mujeres almas de oración y de criterio cristiano, a fin de que buscaran la santidad en su vida diaria y fueran fermento de Cristo en la sociedad en la que vivían.

2. Importancia de la predicación para la formación del pueblo cristiano

Predicar la Palabra de Dios es exigencia del mandamiento misionero de Cristo (Mt 28, 18-20): “ahí está señalada la obligación de predicar las verdades de fe, la urgencia de la vida sacramental, la promesa de la continua asistencia de Cristo a su Iglesia. No se es fiel al Señor si se desatienden esas realidades sobrenaturales: la instrucción en la fe y en la moral cristianas, la práctica de los sacramentos. Con este mandato Cristo funda su Iglesia” (AIG, pp. 49-50). Y como este ministerio es absolutamente necesario para el pueblo cristiano, el sacerdote ha de dedicarse a él, como exhorta san Pablo (2 Tm 4, 14) porque, de lo contrario, “la conciencia puede culpablemente deformarse, endurecerse en el pecado y resistir a la acción salvadora de Dios. De ahí la necesidad de predicar la

doctrina de Cristo, las verdades de fe y las normas morales” (AIG, p. 53). “El sacerdote debe predicar –porque es parte esencial de su *munus docendi*– cuáles son las virtudes cristianas –todas–, y qué exigencias y manifestaciones concretas han de tener esas virtudes en las diversas circunstancias de la vida de los hombres a los que él dirige su ministerio. Como debe también enseñar a respetar y estimar la dignidad y libertad con que Dios ha creado la persona humana, y la peculiar dignidad sobrenatural que el cristiano recibe con el bautismo” (CONV, 5).

3. Predicación y fidelidad al mensaje de Cristo

El servicio a la Palabra de Dios tiene una dimensión espiritual, que comporta unas actitudes concretas en aquellos que la anuncian. La primera es la fidelidad. El sacerdote es “ministro de Cristo y administrador de los misterios de Dios. Por lo demás, lo que se busca en los administradores es que sean fieles” (1 Co 4, 1-2). Cuando predica la Palabra de Dios lo hace en nombre de Cristo y de su Iglesia, y ha de enseñar, por tanto, sólo y todo lo que Cristo ha mandado enseñar (cfr. PO, 4): esto es lo que los fieles esperan de él; no puede defraudar esos deseos, sino ser portavoz auténtico de la Palabra divina. Y predicará fielmente a Cristo, sólo si tiene vida de oración y estudia la doctrina, en sintonía con el Magisterio de la Iglesia, asegurando que sus palabras no sean eco de otras voces que no son la de Cristo. Además, el sacerdote, si desea ser fiel a tan alto ministerio, no puede ser transmisor pasivo que expone fríamente unos contenidos. Por el contrario, el primer destinatario de las palabras del predicador debe ser el mismo sacerdote; y por eso cuidará de alimentarse continuamente de la lectura y meditación de la Sagrada Escritura.

San Josemaría se esforzaba en su propio ministerio sacerdotal por ir en esa misma dirección: fue toda su vida un apa-

sionado y asiduo lector de la Palabra de Dios. “De hecho desarrolló una espiritualidad estrictamente bíblica” (HAHN, 2002, p. 376). Tanto cuando hablaba como cuando escribía, la Escritura no era nunca para él “un texto para la erudición, ni un lugar común para la cita. Cada versículo ha sido meditado muchas veces y, en esa contemplación, se han descubierto luces nuevas, aspectos que durante siglos habían permanecido velados. La familiaridad con Nuestro Señor, con su Madre, Santa María, con San José, con los primeros doce Apóstoles (...) es algo vivo, consecuencia y resultado de un ininterrumpido conversar, de ese meterse en las escenas del Santo Evangelio para ser un personaje más” (DEL PORTILLO, 1979, p. 12). “Su doctrina, amable y esforzada, es para vivirla en medio del trabajo, en el hogar, en las relaciones humanas, en todas partes (...). Lo directo de las expresiones, la viveza de las imágenes, llegan a todos, por encima de las diferencias de mentalidad y cultura. Aprendió en la escuela del Evangelio: de ahí su claridad, ese herir en lo hondo del alma; el talante para no pasar de moda, por no estar en la moda” (DEL PORTILLO, 1980, p. 12).

Cuando comenta los textos sagrados, se nota que antes los ha leído y oído en su interior: “Al abrir el Santo Evangelio, piensa que lo que allí se narra –obras y dichos de Cristo– no sólo has de saberlo, sino que has de vivirlo. Todo, cada punto relatado, se ha recogido, detalle a detalle, para que lo encarnes en las circunstancias concretas de tu existencia. –El Señor nos ha llamado a los católicos para que le sigamos de cerca y, en ese Texto Santo, encuentras la Vida de Jesús; pero, además, debes encontrar tu propia vida. Aprenderás a preguntar tú también, como el Apóstol, lleno de amor: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?...» –¡La Voluntad de Dios!, oyes en tu alma de modo terminante. Pues, toma el Evangelio a diario, y léelo y vívelo como norma concreta. –Así han procedido los santos” (F, 754).

“¿Quieres acompañar de cerca, muy de cerca, a Jesús?... Abre el Santo Evangelio y lee la Pasión del Señor. Pero leer sólo, no: vivir. La diferencia es grande. Leer es recordar una cosa que pasó; vivir es hallarse presente en un acontecimiento que está sucediendo ahora mismo, ser uno más en aquellas escenas” (VC, IX Estación). A esta actitud él la llama “meterse en la escena”, “ser un personaje más” para que la Palabra de Dios interpele y mueva al diálogo personal con Él (cfr. AD, 223). Por eso, san Josemaría animaba a los sacerdotes a pedir luces al Espíritu Santo, para ser sólo instrumentos del Paráclito que actúa en el interior de los oyentes. Estaba convencido de que, de las palabras de Jesucristo bien expuestas, claras, dulces y fuertes, llenas de luz, puede depender la resolución del problema espiritual de un alma que escucha, deseosa de aprender y determinarse a seguir a Cristo.

4. “Don de lenguas”

En su predicación, el sacerdote “debe presentar la palabra de Dios no sólo de manera abstracta y general, sino aplicando la verdad perenne del Evangelio a las circunstancias concretas de la vida” (PO, 4), lenguaje vivo y ardiente, de manera que quienes la escuchen se sientan movidos a practicarla, con la ayuda de la gracia de Dios, según la expresión clásica agustiniana, “*ut veritas pateat, veritas placeat, veritas moveat*”: la doctrina en su contenido ha de llegar a las inteligencias de modo que la verdad conocida sea agradable y pueda mover a la conversión, como espada de doble filo (cfr. Hb 4, 12). Por tanto, los sacerdotes han de tener ciencia y ejercitarse con esmero en este ministerio, poniendo todos los medios a su alcance para hacerse entender. “La predicación, la predicación de Cristo «Crucificado», es la palabra de Dios. Los sacerdotes han de prepararse lo mejor que puedan, antes de ejercer tan divino ministerio, buscando la salvación de las almas” (F, 966). San Josemaría se

esforzaba personalmente en hacer lo que recomendaba: estudio constante de la teología, ahondar en las verdades de fe, lecturas literarias e históricas, vida de oración y presencia de Dios a través de la cual sacaba punta sobrenatural a lo más ordinario: “Yo lo que quiero es tener hijos y claros todos los argumentos de la buena doctrina; por eso repaso los tratados tradicionales de teología. También leo literatura, porque las palabras son el ropaje: *fides ex auditu* (Rm 10, 17). Hay que dar doctrina, buena doctrina, y presentarla a los ojos de los hombres con un aspecto agradable. Los argumentos tradicionales cabe revestirlos literariamente, cabe exponerlos sin vulgaridad, pero vulgarizando” (VÁZQUEZ DE PRADA, 1983, p. 441).

En cuanto al esfuerzo por hacerse entender, la predicación oral y escrita de san Josemaría tenía como característica su lenguaje sencillo, adaptado a los oyentes, con altura teológica y, a la vez, con amenidad, salpicado de ejemplos gráficos y anécdotas, sazonado a veces de buen humor, a fin de captar la atención y hacerse entender. Gran conocedor de la lengua castellana, hacía un uso muy apropiado de palabras y giros, que daban elegancia a su predicación. A todo lo anterior lo denominaba tener “don de lenguas” (S, 430), que pedía cada día a Dios para él y para los demás (cfr. S, 899). No era amigo de un estilo de predicación inclinado a grandilocuencias, adjetivos, frases largas y solemnes por las que se filtra la fácil tentación del propio lucimiento. Escribía como hablaba, y viceversa, con llaneza y sencillez.

Insistía mucho a los sacerdotes en que la eficacia de sus palabras –en la predicación, en la celebración de los sacramentos, en la dirección espiritual y en el trato con las personas– proviene del mismo principio: de prestar su voz al Señor y de estar muy unidos a Él para poder comunicar la doctrina de Cristo como fruto de la propia vida interior; sólo así la Palabra predicada será rico alimento espiritual para

todos, acomodado a sus necesidades y circunstancias.

Como todos los santos, san Josemaría no sólo escuchó la Palabra de Dios, sino que la vivió. Se puede decir que su ministerio, especialmente su predicación, fue “como un rayo de luz que sale de la Palabra de Dios” (VD, 48). La realidad de que la vida de los santos sea una interpretación profunda de la Escritura se realiza plenamente “en san Josemaría Escrivá y su predicación sobre la llamada universal a la santidad” (*ibidem*). En efecto, su vida y predicación fueron un servicio a la Palabra de Dios precisamente en este punto central: proclamar que todos los bautizados están llamados a la santidad para que, según los designios divinos, la Palabra de Dios se haga vida en el mundo.

Voces relacionadas: Formación: Consideración general; Predicación de san Josemaría; Sacerdocio ministerial.

Bibliografía: AIG, pp. 63-82; BENEDICTO XVI, Exhort. Ap. *Verbum Domini*, 2010; Scott HAHN, “El uso de las Escrituras en los escritos de San Josemaría”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 35 (2002), pp. 376-382; José Antonio LOARTE, “La predicación de san Josemaría. Descripción de una fuente documental”, *SetD*, 1 (2007), pp. 221-231; Álvaro DEL PORTILLO, “Presentación”, en ECP, Madrid, Rialp, 1979, pp. 9-22; *Id.*, “Presentación”, en AD, Madrid, Rialp, 1980, pp. 9-28; Francisco VARO, “San Josemaría Escrivá, lector de la Sagrada Escritura”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 40 (2005), pp. 176-191; *Id.*, “San Josemaría Escrivá de Balaguer, «Palabras del Nuevo Testamento, repetidas veces meditadas. Junio - 1933»”, *SetD*, 1 (2007), pp. 259-286; Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975)*, Madrid, Rialp, 1983.

Rafael ARCE GARGOLLO

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.